

# La violencia como instrumento de orden y de cambio: la «guerra contra el terrorismo» y el movimiento antiglobalización

Leo Panitch

## El mundo y el imperialismo después de la Guerra Fría y el 11-S

Se suele decir que el 11 de septiembre lo ha cambiado todo. Con independencia de lo cierta o no que resulte ser dicha afirmación —y yo me inclino a pensar que no es, en absoluto, demasiado cierta—, lo que sí que debería haber cambiado es la forma tan escasamente rigurosa de adjuntar el calificativo

---

• Artículo publicado en *MR*, vol. 54, n° 2, junio de 2002, pp. 12-32. Traducción de Joan Quesada. Leo Panitch ocupa una cátedra de investigaciones canadienses de economía política comparativa en la Universidad de York, Toronto. Es editor de *The Socialist Registry* autor de *Renewing Socialism: Democracy, Strategy and Imagination* (Westview Press, 2001).

El presente artículo es una versión revisada del discurso inaugural de la conferencia «Protesta, libertad y orden en Canadá: en busca de un equilibrio adecuado», organizada por el Instituto para la Investigación sobre Políticas Públicas y la Escuela de Asuntos Comunitarios y Públicos, Universidad de Concordia, Montreal, 11-12 de marzo de 2002. Habría que señalar que se trataba de una conferencia en línea con la corriente de pensamiento «convencional», a la que también se invitó a participar al anterior director de los servicios de seguridad de Canadá, a dirigentes de la policía de Québec y a diversos políticos y abogados civiles libertarios, así como a miembros de movimientos sociales y activistas antiglobalización. El presente discurso, en un evento como el indicado, pretendía ofrecer una cierta perspectiva desde la izquierda en un momento engañoso y peligroso en el que el papel del Estado viene definido por la seguridad del imperio.

de «violentas» a las recientes protestas antiglobalización. En el marco especialmente de una conferencia como la presente —ideada después de los incidentes de 2001 en Québec City y diseñada para arrojar luz sobre la naturaleza del desafío que representa el nuevo movimiento antiglobalización para las democracias capitalistas—, el horrendo y mortífero ataque terrorista perpetrado sobre Nueva York y Washington D.C. y las proporciones de la violencia estatal desatada —literalmente, desde las alturas— por la guerra contra el terrorismo ciertamente aportan una dura perspectiva desde la que evaluar un uso tan poco riguroso. Lo que ha sucedido debería hacernos dudar de la forma que tienen los medios de comunicación de invocar el término «violento», así como respecto a la manera, masiva, en que se ha venido movilizándolo a las fuerzas policiales, e incluso militares, cada vez que se ha producido una protesta de gran escala con ocasión de las reuniones que celebran las élites políticas y corporativas a fin de hacer avanzar la agenda de la globalización.

Cuando el mundo entero asiste al despliegue de aviones de pasajeros para destruir torres de oficinas en Nueva York, y al despliegue de aviones militares para sembrar de bombas los pueblos de Afganistán, el hecho de que la policía considere que una catapulta de juguete diseñada para arrojar ositos de peluche tras una valla de seguridad es un arma violenta (y proceda, en consecuencia, a su confiscación) resulta todavía más surrealista que los nombres de grupos como la Sociedad para el Anacronismo Creativo [Society for Creative Anachronism] o los Lanarkistas [Lanarkists] que idearon ese tipo de protestas. Incluso en el caso de quienes utilizan prácticas orientadas a atravesar vallas y líneas policiales para hacer oír sus objeciones y hacer sentir su presencia en los espacios públicos adyacentes a los lugares en que se reúnen los ricos y los poderosos, o de quienes arrojan una piedra contra un escaparate de McDonald's en el recorrido de una manifestación de protesta, o de los que van tan lejos como para lanzarle una bomba de pintura a un político o un alto ejecutivo, se trata claramente de un tipo de política de orden fundamentalmente distinto, en cuanto a las intenciones, al material utilizado y a los efectos, de la práctica del conflicto armado por parte de un estado o en contra de un estado. De hecho, la acusación misma de perturbar la paz que se esgrime contra quienes realizan sentadas para bloquear cruces viarios queda puesta en entredicho después del 11 de septiembre.

No obstante, uno de los peculiares efectos del 11 de septiembre, igual que de la declaración de guerra que siguió en respuesta a los atentados terroristas de aquel día, es que, en lugar de clarificar todas esas diferencias, existe el peligro de que las oscurezcan aún más. Con frecuencia, una de las víctimas internas en un país de la existencia de un clima ideológico de guerra es la legitimidad del derecho a disentir, sobre todo cuando la disensión

toma la forma de protestas callejeras. En este caso, los temores multitudinarios que la visión de los acontecimientos del 11 de septiembre ha provocado en la mayoría de la población, racionalmente o no (y está claro que no es racional que los canadienses imaginen que sus torres de oficinas están a punto de pasar a ser objetivos), se ven agravados por todos los políticos y periodistas de derechas poco escrupulosos que no desperdician una sola oportunidad para calumniar a la izquierda.

Para poner un ejemplo próximo al Canadá: una semana después del 11 de septiembre, se podía leer lo siguiente en el *National Post*: «Igual que los terroristas, el movimiento antiglobalización siente desdén por las instituciones democráticas [...] El terrorismo, si bien no tan atroz como el que presenciamos la semana pasada, siempre ha formado parte del plan de actuaciones de los responsables de las protestas.»<sup>1</sup> Decir algo así del movimiento antiglobalización engendrado por la generación actual de activistas de izquierdas resulta tan absurdo que lo que sugiere es la más absoluta ignorancia, cuando no falsedad. Porque lo que caracteriza precisamente a esta generación y a este movimiento, en contraste con otras generaciones y otros movimientos anteriores de la izquierda europea y norteamericana, es la renuncia explícita, incluso de sus miembros más militantes, tanto a la lucha armada como al terrorismo (del tipo de las Brigadas Rojas o del grupo Weather Underground,\* de hace una generación) como medio para forzar un cambio en los países capitalistas avanzados. En la época actual, no es entre los activistas de la izquierda donde vemos que se adopta la violencia como estrategia y como modelo de vida, sino casi exclusivamente entre la derecha, como en el caso de los que atentan contra clínicas abortivas, contra edificios gubernamentales o contra campos de refugiados: desde los fundamentalistas cristianos a los combatientes norteamericanos o los neonazis europeos. Y lo mismo se puede decir de los fanáticos religiosos de Oriente Medio y el Lejano Oriente, tanto si se trata de musulmanes, de judíos o de hinduistas, para quienes el hecho de verse a sí mismos como azote de la izquierda secular y religiosa es un elemento central de su constitución política.

Por el contrario, un antropólogo de la Universidad de Yale, él mismo anarquista, ha afirmado que, a pesar de la forma en que los medios de comunicación estadounidenses han desplegado la palabra violencia «como un

\* El movimiento radical Weather Underground, opuesto al racismo y a la Guerra de Vietnam y decidido a derribar al Gobierno de los Estados Unidos, inicia sus actuaciones públicas en octubre de 1969. Cientos de jóvenes con cascos de fútbol americano y tubos de plomo se manifiestan por un barrio comercial de lujo de Chicago rompiendo coches y escaparates a su paso. Durante la década de 1970, entre otras acciones, atentarían contra el Capitolio y liberarían de la cárcel a Timothy Leary, el apóstol de las drogas psicotrópicas. [T.]

*mantra*» para describir las protestas antiglobalización, «resulta imposible encontrar un solo ejemplo de alguien a quien un activista estadounidense haya infligido daños físicos». Aunque es posible que una afirmación así no sea totalmente creíble, dado que algunos policías han sufrido heridas de escasa consideración, el autor tiene toda la razón cuando dice que:

Lo que realmente molesta a los poderes fácticos no es la «violencia» del movimiento, sino la relativa ausencia de esta. Sencillamente, los gobiernos no saben cómo ocuparse de un movimiento abiertamente revolucionario que se niega a caer en los modelos familiares de resistencia armada [...] Mientras que hubo un tiempo en el que parecía que las únicas alternativas a las manifestaciones con pancartas eran la desobediencia civil no violenta al estilo de Ghandi o, directamente, la insurrección, grupos como la Red de Acción Directa [Direct Action Network], Recuperemos las Calles [Reclaim the Streets], el Bloque Negro [Black Bloc] o Tute Bianche [Todas Blancas] han procurado, cada uno a su manera, diseñar un terreno intermedio completamente nuevo. Están intentando inventar lo que muchos llamarían «un nuevo lenguaje» de desobediencia civil mediante la combinación de elementos del teatro y los festivales callejeros con lo que sólo puede calificarse de «armas no violentas»: no violentas en el sentido adoptado, por ejemplo, por los anarquistas del Bloque Negro, de abstenerse de provocar cualquier daño físico directo a seres humanos.<sup>2</sup>

Más adelante volveré sobre la naturaleza específica de este tipo de protesta para hablar de sus contradicciones y de sus limitaciones. Por el momento, la intención era tan sólo poner en la perspectiva adecuada la discusión de la violencia vinculada a los movimientos antiglobalización en Norteamérica y en Europa, cosa que es necesario hacer si no queremos vernos arrastrados por la marea de la propaganda y la represión que, con tanta frecuencia, amenaza a los movimientos de masas de la izquierda y que, sobre todo, se torna peligrosamente virulenta en tiempos de guerra, fría o caliente.

En origen, se me invitó para hablar del tema de «la violencia como instrumento de cambio», pero objeté y dije que deseaba corregir el título para hablar sobre «el papel de la violencia como instrumento de orden y de cambio». Ciertamente, las diversas formas de violencia relacionadas con el mantenimiento del orden difieren de las que se asocian al hecho de hacer que las cosas cambien. Un gran escritor del siglo XIX lo explicó muy bien, y, aunque pueda sorprender, no me refiero a Karl Marx, sino a Mark Twain, cuya obra *Un yanqui de Connecticut en la corte del rey Arturo* publicada en el año del primer centenario de la Revolución Francesa, dice lo siguiente respecto a ese caso, realmente histórico, de cambio violento:

Si es que hemos de recordarlo y considerarlo, hubo dos «Reinos del Terror». El uno perpetraba asesinatos en el fragor de la pasión; el otro, despiadadamente y a sangre fría. Uno duró meramente unos meses; el otro había durado mil años. Uno causó la muerte de diez mil personas; el otro, de cien millones. Sin embargo, los responsables de todos nuestros escalofríos son los «horrores» del Terror menor, del Terror momentáneo, por así decirlo, mientras que, ¿qué es el horror de la muerte súbita causada por el hacha cuando se lo compara con una muerte que lleva toda una vida, causada por el hambre, el frío, el insulto, la crueldad y por un corazón destrozado? ¿Qué es una muerte rápida por un rayo cuando se la compara con la muerte a fuego lento en la hoguera? El cementerio de una ciudad podría albergar todos los ataúdes que llenó el breve Terror, ante el cual con tanta diligencia se nos ha enseñado a sentir escalofríos y el cual hemos aprendido a deplorar. Sin embargo, Francia entera apenas si podría dar cabida a los ataúdes que llenó ese Terror real y más antiguo: el Terror indescriptiblemente amargo y terrorífico que nadie de nosotros ha aprendido a contemplar en su inmensidad o a lamentar tal y como se merece.<sup>3</sup>

Por supuesto, para nosotros, en la actualidad, resulta relativamente fácil reconocer e incluso cuestionar la legitimidad de la violencia, su papel en el mantenimiento de un orden feudal de dominio, en el que el aparato militar constituye el elemento central del estado. También es relativamente fácil para nosotros, hoy en día, como herederos del impulso de la Revolución Francesa para «construir una casa nueva en la que pueda habitar la libertad», tal y como lo expresó Hannah Arendt,<sup>4</sup> contemplar con cierta perspectiva el terror postrevolucionario del que habla Twain en el texto, un terror surgido en medio del desorden que acompañó a la consolidación de un nuevo régimen (y que, a través de la dictadura napoleónica a la que dio origen, representó una contribución de tipo fundacional al desarrollo del derecho occidental y de los mercados capitalistas). Menos fácil resulta para los occidentales reconocer la utilidad del tipo de razonamiento que emplea Twain cuando habla de dos reinos del terror para explicar el hecho de que una aplastante mayoría de la opinión pública mundial se oponga a la guerra contra el terrorismo que lideran los Estados Unidos. Eso es lo que ha revelado la destacada serie de sondeos a escala global que ha realizado la organización Ipsos-Reed, dedicada a los estudios de opinión, que demuestra que, mientras que el 85% de los norteamericanos y entre un 58% y un 66% de los habitantes de otros países del G-7 apoyan la guerra liderada por los Estados Unidos en Afganistán, a ésta se oponen el 70-75% de la población de los países pobres del mundo, incluidos también, incluso, los de Latinoamérica.<sup>5</sup> Es en estos últimos países en los que la mayoría de la gente sigue experimentando de primera mano lo que Twain quería decir cuando hablaba de

«una muerte que lleva toda una vida, causada por el hambre, el frío, el insulto, la crueldad y por un corazón destrozado», y no se equivocan al pensar que el papel del Estado norteamericano, como garante de la riqueza de Norteamérica y de Europa, puede que tenga alguna relación con eso.

Si, como sucede, la mayoría de la población mundial tampoco simpatiza, igualmente, con el terror momentáneo causado por las propias acciones del 11 de septiembre, tal vez eso tenga que ver con el hecho de que se dan cuenta de que su naturaleza es puramente simbólica y atávica. Con eso quiero decir que tales acciones no sólo fueron inmorales desde el punto de vista de las personas inocentes a las que causaron la muerte, sino que, a diferencia de la Revolución Francesa, estaban regidas, además, por un impulso reaccionario, casi feudal. Y fueron inmorales, también, en el sentido de que fueron contraproducentes como respuesta a la desigualdad global y al imperialismo de los Estados Unidos. Porque, a diferencia de la Revolución Francesa, la cual, a pesar de los horrores del Terror en el momento de la transición, sí que, después de todo, derrocó al régimen anterior, el tipo de acción política que representó el 11 de septiembre no puede sino carecer por completo de efectos. Su resultado inevitable sólo podía ser el de avivar las llamas farisaicas del poder imperial y alimentar su diseminación. Los sectores del Estado norteamericano que administran los medios de violencia han tomado ahora las riendas. En una Administración que es representación de un Partido Republicano que siempre ha estado compuesto por una coalición de defensores del libre mercado, conservadores sociales y halcones militares, el 11 de septiembre ha inclinado definitivamente la balanza a favor de estos últimos.

La razón por la cual la mayoría de la gente de las democracias capitalistas ricas, aun fuera de los Estados Unidos, ve la guerra contra el terrorismo con ojos tan diferentes de los de la mayoría de la población mundial está en cierto modo relacionada, claro está, con la complicidad de todos los estados ricos del Norte con el imperio norteamericano, y con el patriotismo directo que este les inspira a la mayor parte de sus poblaciones, en sus dimensiones tanto cultural como económica, política y militar.

Quizás sean convenientes aquí unas cuantas palabras para justificar el uso de la palabra «imperio». No la utilizo con intención polémica, sino más bien descriptiva. Está claro que hace falta un concepto capaz de expresar el papel fundamentalmente distinto que desempeñan los Estados Unidos en el mundo. El término «superpotencia» no acierta a expresarlo porque implica, meramente, un poder mayor que el de otros, y elude la cuestión de que el poder de los Estados Unidos es distinto porque penetra en otros estados y los estructura. Resulta significativo que, en su intervención ante uno de los grupos de esta misma conferencia, Reid Morden, anterior director de los

Servicios Canadienses de Seguridad e Inteligencia, no sólo mencionaba el efecto que tiene el hecho de vivir al lado de un gorila de 400 kilos de peso, en el contexto de la discusión de las presiones ejercidas sobre Canadá por los Estados Unidos para que se apresurara a aprobar su legislación antiterrorista, sino que describía la relación general que tienen los Estados Unidos con los demás estados con la metáfora del «centro y los radios». Es por esa razón que el concepto de imperio, que había quedado bastante desfasado, está retornando entre los científicos políticos, incluidos también algunos de los situados a la derecha del espectro político. Por supuesto, el imperio norteamericano difiere bastante de los imperios coloniales de reciente antigüedad, y sería un craso error intentar resucitar en el contexto actual las nociones del imperialismo de Hobson o de Lenin, que connotaban, entre otras cosas, un estadio del capitalismo marcado por la rivalidad y la guerra entre imperios. Tampoco deberíamos pensar que todas las intervenciones de los Estados Unidos en el exterior se rigen por estrechos intereses domésticos; al contrario: sería en cierto modo más exacto ver a los Estados Unidos de hoy en día como un país cargado con la función de mantener el orden mundial en el capitalismo global actual, una función que sólo ellos pueden realizar.

Harold Innis señaló una vez que «el imperialismo norteamericano [...] se ha hecho plausible y atractivo, en parte, por su insistencia en que no es imperialista».<sup>6</sup> Reconocía que lo que hacía que ese tipo de imperialismo fuese «particularmente efectivo» era el hecho de haber quedado internalizado dentro del Estado y de la constitución social canadienses, cosa que ahora se puede decir también de muchos otros estados. Pero lo que lo hace «plausible y atractivo» está también relacionado con la legitimidad que las instituciones liberales democráticas domésticas confieren al despliegue de la violencia en todo el mundo por parte del Estado norteamericano.

La definición que hace Max Weber del estado moderno occidental en términos de la legitimidad de sus aspiraciones al monopolio de los medios de violencia, en lugar de hacerla en términos de sus objetivos o de su espectro de actividades, sigue siendo fundamental para las ciencias sociales. Pero la naturaleza de esa legitimidad, como bien entendía Weber, está ligada, aunque no excluya en absoluto muchos de los elementos carismáticos y tradicionales, al imperio de la ley, a un gobierno responsable y representativo, a unas elecciones competitivas y a las libertades liberales de expresión, de asociación y de asamblea que son los componentes de la forma de estado liberal democrático. Y, en la medida en que la globalización implica, no sólo la diseminación del capitalismo global, sino también la extensión de la legitimación del papel de los Estados Unidos como policía del orden global — lo que incluye la reestructuración de los estados del mundo a imagen de los

Estados Unidos, como principal estado capitalista—, es eso lo que otorga un cierto crédito a la afirmación de que las guerras lideradas por los Estados Unidos en Irak, Yugoslavia y Afganistán son una cuestión de derechos humanos, de democracia y de libertad. No se trata en realidad de un desarrollo tan nuevo como se piensa hoy en día. Harry Truman ya dijo, en un discurso en la Universidad Baylor en 1947, que «el sistema norteamericano sólo puede sobrevivir si se convierte en un sistema mundial».<sup>7</sup>

Por supuesto, hay que decir que existe una impresionante dosis de auto-engañó en la opinión de la Administración Bush de que los terroristas odian a los Estados Unidos porque «nosotros elegimos a nuestros líderes» (auto-engañó que sólo puede igualar la aparente credibilidad general que, justo después del 11 de septiembre, se le concedió en el mundo musulmán al absurdo rumor de que los judíos estaban avisados de antemano de que no debían acudir al World Trade Center ese día). Podemos estar seguros de que a Bin Laden no podría haberle importado menos si los norteamericanos eligen o no a sus gobiernos. Es posible que tampoco les importe admitir que así es a muchos millones de personas del mundo, muchos más que los defensores de los derechos humanos liberales, excepto, quizás, en un sentido negativo: en la medida en que su pretensión de ser la principal democracia ha llevado al Estado norteamericano a arrogarse el derecho a desplegar por todo el mundo unos medios de violencia sin precedentes.

Ese despliegue global, aun cuando el objetivo principal en el que se esté pensando no sean los estrechos intereses y la seguridad estadounidenses, y aun cuando las intervenciones estén legitimadas y respondan, en ocasiones, a la invitación de los defensores internacionales de los derechos humanos, por descontado que no necesariamente conduce a la propagación de los derechos humanos y de la democracia liberal, por no decir a una mayor igualdad económica. Las dudas de una proporción tan significativa de la población mundial con respecto a la guerra al terrorismo derivan en parte, indudablemente, de ese hecho. Porque no puede existir duda alguna con respecto al papel primordial que desempeña el imperio estadounidense en la supresión de las fuerzas progresistas, a menudo en nombre de la diseminación de la democracia y de los derechos humanos. Uno de los aspectos de tal comportamiento fue el cínico patrocinio del fundamentalismo religioso y reaccionario como arma contra la izquierda secular en esa misma zona del mundo contra la que ahora se hace la guerra y desde la que ahora se escenifica esa guerra. El cinismo absoluto y, también, la absoluta temeridad que guiaron la estrategia adoptada en el momento en que los Estados Unidos apoyaron la entrada de Bin Laden en Afganistán quedaban dramáticamente patentes en la entrevista a Zbigniew Brzezinski (consejero de seguridad nacio-



nal del presidente Carter desde 1977 hasta 1981, tutor de Madeleine Albright y autor de la obra explícitamente imperialista *The Grand Chessboard* en *Le Nouvel Observateur* (15-21 de enero de 1998):

P: Cuando los soviéticos justificaron la intervención con el argumento de que su intención era luchar contra la implicación secreta de los Estados Unidos en Afganistán, la gente no los creyó. Sin embargo, había un poso de verdad. ¿No se arrepiente actualmente de nada?

Brzezinski: ¿Arrepentirme...? ¿De qué? Esa operación secreta fue una idea brillante. Tuvo el efecto de arrastrar a los rusos a caer en la trampa afgana. ¿Quiere usted que me arrepienta? El día en que los soviéticos atravesaron oficialmente la frontera, escribí al presidente Carter: ahora tenemos la oportunidad de darle a la URSS su guerra del Vietnam particular. De hecho, durante casi 10 años, Moscú hubo de hacer una guerra que al gobierno le resultaba insostenible, un conflicto que provocó la desmoralización y acabó por ocasionar la desintegración del imperio soviético.

P: ¿Tampoco se arrepiente de haber apoyado [...] [y] haber armado y asesorado a futuros terroristas?

Brzezinski: ¿Qué es más importante para la historia universal: los talibanes o el colapso del imperio soviético? ¿Unos cuantos musulmanes revueltos o la liberación de la Europa central y el final de la Guerra Fría?

El 11 de septiembre fue el «golpe de reflujo» [blowback] de ese planteamiento, con tales ansias de venganza que sólo era posible que llevaran acumulándose más de medio siglo. (El término se acuñó por primera vez en Washington cuando los burócratas de la CIA y del Pentágono rumiaban las consecuencias de la decisión de derrocar al gobierno nacionalista de izquierdas de Mossadeq en Irán.) Bin Laden lo pagará con la vida, si es que no lo ha pagado ya, igual que el régimen talibán que se encargó de darle cobijo cuando se volvió en contra de los norteamericanos. Aun si él se lo mereciera, está claro que no se lo merecían la gran cantidad de personas ignoradas muertas a consecuencia de los «daños colaterales» (que son ya más numerosas que las víctimas de los atentados del World Trade Center).

No obstante, la visión estratégica más general que está aquí en juego va más allá de al-Qaeda y el régimen talibán de Afganistán. Está muy en relación con todo lo que quedó pendiente de resolución tras la «liberación» de la Europa central y el final de la Guerra Fría. Los países que, desde la desintegración de la Unión Soviética, el Departamento de Estado y el Pentágono han dado en denominar los «*stans*»,\* con un cierto tono paternalista, han

\* Se refiere a los países cuyo nombre acaba en el sufijo «-stán», que en lengua persa significa «país». [T.]

sido finalmente arrebatados a la esfera de influencia rusa. Las bases que los estadounidenses están instalando en el Asia central postsoviética no quedarán desmanteladas tras esta guerra. Las bases militares estadounidenses formarán ahora un círculo que envolverá la zona del planeta que va desde Japón a la frontera occidental de China. La resistencia de Rusia a la construcción del «escudo» de misiles para la defensa nacional —con todas las implicaciones que ello tiene para la militarización del espacio— ha quedado definitivamente desbaratada (¿o deberíamos decir que ha sido *comprada*). Y ahora el *New York Times* (7 de marzo de 2002) nos dice que el Pentágono está considerando seriamente la posibilidad de utilizar armas nucleares convencionales incluso contra estados no nucleares: el medio de violencia definitivo para mantener el orden global.

El hecho de que la guerra no se plantee esta vez a través de la OTAN, y mucho menos de las Naciones Unidas, sino por medio de una «coalición» centro-radios en la que todos los estados del mundo se considera que están «con o contra nosotros», tiene la intención explícita de perseguir el máximo unilateralismo en las acciones militares estratégicas y tácticas del propio Estado imperial. En cuanto a las Naciones Unidas, y en cuanto a la recuperación de la panacea pearsoniana\* según la cual una guerra así sólo podría perseguirse bajo los auspicios de dicha organización, no deberíamos olvidar las palabras de Stephen Lewis, embajador canadiense en la ONU en esa época, sobre la Guerra del Golfo [de 1991]:

Las Naciones Unidas sirvieron de *imprimatur* para la política que los Estados Unidos deseaban tirar adelante y con respecto a la cual bien persuadieron, o bien forzaron, a todos los demás para que la apoyaran. Así pues, el Consejo de Seguridad jugó con las disposiciones de los estatutos de las Naciones Unidas [...] En algunos respectos [...], es posible que [ese] haya sido el momento más desolador de las Naciones Unidas. Ciertamente, tuvo el efecto de desanimar a muchos de los países en vías de desarrollo, ofendidos en privado por lo que estaba sucediendo, pero con un sentimiento de total impotencia para hacer algo al respecto: una demostración del enorme poder que tienen el poder y la influencia de los Estados Unidos cuando se desatan.<sup>8</sup>

Resulta difícil creer que las cosas habrían sido muy distintas si los Estados Unidos hubieran tenido a bien seguir la vía de las Naciones Unidas en esa ocasión. No obstante, las contradicciones presentes en el hecho de gobernar el mundo son enormes. De hecho, estas alcanzaron nefastamente a los norteamericanos en su propio hogar el 11 de septiembre, aunque es más proba-

\* Referencia a Lester Pearson, primer ministro canadiense de 1963 a 1968. [Ed.]

ble que, en un futuro próximo, se midan en términos de la inestabilidad que esta guerra, y la expansión del alcance norteamericano que ella representa, provoque en lugares que inicialmente están muy lejos de Nueva York y de Washington (aunque no es imposible que, al final, las brutalidades y los costes de la extensión de esta guerra lleven también las contradicciones al corazón del imperio). Gran parte de esa inestabilidad tendrá formas antinorteamericanas, lo que tan sólo reforzará el autoengaño según el cual «nos odian porque elegimos a nuestros líderes». Pero, sea cual sea la forma que tome dicha inestabilidad, los efectos que esta declaración de guerra en nombre de la paz, la civilización y la libertad, ha provocado en términos del desencadenamiento del poder coercitivo del Estado, hay que calibrarlos tanto en el nivel doméstico como en el internacional.

La coalición contra el terrorismo forjada por los Estados Unidos ha sido explícitamente diseñada para legitimar y apoyar que todos los estados repriman a los grupos separatistas internos (además de a otros grupos disidentes). Menos conocido que el hecho de que los rusos han conseguido tener manos libres en Chechenia es el hecho de que la élite comunista-capitalista de China ha logrado manos libres para actuar contra los separatistas musulmanes de su provincia más occidental (donde ya han quedado prohibidos una veintena de grupos y, en pocos meses, se ha arrestado a varios cientos de personas), sin que hayan de temer que los norteamericanos utilicen tales actuaciones en su contra en las negociaciones sobre los términos de la integración de China en la economía mundial capitalista. La coherencia no tiene por que ser uno de los principios de la estrategia imperial, lo que queda más patente que nunca en el cambio radical y sorprendentemente rápido que han realizado los Estados Unidos desde la pasada guerra de Yugoslavia, cuando la justificación de la guerra era otorgar el derecho a la autodeterminación a cualquier grupo etnonacionalista del antiguo mundo comunista que lo reclamara.

Ahora, los Estados Unidos exigen que todos los estados reestructuren su aparato coercitivo para adaptarlo a las preocupaciones estratégicas norteamericanas. Tal cosa parece que vendría a reforzar la anterior exigencia impuesta por el imperio de reformar el aparato económico para adaptarlo a lo que Peter Gowan ha dado en llamar la «apuesta global» [Global Gamble] de Washington.<sup>9</sup> Pero las posibilidades de que se produzca un «golpe de reflujo» [blowback] son visibles en todas partes, aunque, hoy en día, en ningún lugar lo son de manera tan gráfica como en Pakistán. Se trata de un país en el que el 85-90% del presupuesto del Estado se dedica a pagar los intereses de la deuda, así como el aparato militar coercitivo, lo que apenas deja nada para cualquier otra cosa. Es poco de extrañar que, en ausencia de un sistema

educativo público, los pobres de Pakistán —que no votan en grandes cifras a partidos fundamentalistas— hayan enviado a sus hijos, sin embargo, a las *madradas* religiosas, donde se les servirá el fundamentalismo y se los adoctrinará en él. Y tampoco es muy sorprendente que al imperio le preocupe actualmente que un Estado así pierda el control de su arsenal nuclear.

Las consecuencias son incalculables, precisamente porque el imperio, a pesar de tener bases militares en todas partes, no puede gobernar si no es con y a través de estados como ese. Tal y como explica Ellen Woods en la conclusión a *A World of Contradiction* (*Un mundo de contradicción*), el título de *The Socialist Register 2002*:

El hecho mismo de separar el dominio económico del gobierno político que hace posible que el capital extienda su alcance más allá de la capacidad de cualquier otra potencia imperial de la historia es también el origen de una de sus debilidades fundamentales [...] Son los estados nacionales los que llevan a la práctica e imponen la economía global, y siguen siendo el medio más efectivo de intervenir en dicha economía. Eso significa que los estados son también el punto en el que el capital global resulta más vulnerable, como objetivo de la oposición en las economías dominantes, y en calidad de impulsor de la resistencia en los demás lugares. Eso significa, también, que, ahora más que nunca, es mucho lo que depende de las fuerzas de clase específicas encarnadas por el estado y que, ahora más que nunca, además de ser necesaria la lucha de clases, existe para ella un campo de acción.<sup>10</sup>

## El movimiento de movimientos

Eso tiene enormes implicaciones para la izquierda actual, y, llegados a este punto, es hora de volver a examinar sobriamente las prácticas del movimiento antiglobalización. El hecho de que la oposición a la globalización imperialista tome una forma racional y productiva, contraria a las formas destructivas e irracionales, dependerá en gran parte del destino de este movimiento de nuevos activistas que ha pasado a ocupar el vacío dejado por los fracasos y las derrotas de la vieja izquierda. Con ello, no sólo me refiero a la izquierda comunista y partidaria de la insurrección, sino también al vacío creado por unos partidos socialdemócratas que, ante la incapacidad de evolucionar para pasar de ser administradores del estado del bienestar a convertirse en agentes movilizadores de la lucha contra el neoliberalismo, han contribuido a azuzar el desencanto con la política electoral con su propio abrazo de la globalización capitalista. En ese vacío político se han introducido no sólo los fundamentalismos religiosos reaccionarios y una nueva derecha racista y populista, sino también las fuerzas que, en todos los países,

han nutrido al movimiento global contra la globalización. El movimiento no va a desaparecer, tal y como dejan claro las cincuenta mil personas que se congregaron para declarar que «otro mundo es posible» y para discutir qué aspecto debería tener ese mundo y cómo alcanzarlo en el Segundo Forum Social Mundial de Porto Alegre a finales de enero y principios de febrero de 2002. Después de la desorientación inicial, que hizo que resultara difícil la movilización a gran escala inmediatamente después del 11 de septiembre, el movimiento vuelve a estar en marcha.

No obstante, la primera cosa que debemos considerar en este contexto es si las nuevas prácticas coercitivas internas y las nuevas medidas legales adoptadas bajo la pancarta de la guerra contra el terrorismo se desplegarán para sofocar el movimiento en su infancia. En los Estados Unidos, aparte de las 1.100 personas que, a raíz del 11 de septiembre, se sumaron, sin pretensión alguna de procedimiento judicial, a los ya más de dos millones de presos de las cárceles estadounidenses, las consecuencias más generales y a más largo plazo de la Ley Patriótica y de las demás medidas que fortalecen el poder y los recursos del aparato coercitivo y de seguridad se dejarán sentir, inevitablemente y durante muchos años, en la izquierda estadounidense.

Las mismas medidas se están reproduciendo en todos los estados conocidos por ser los aliados más próximos del poder imperial, aunque lo que son en realidad es sus más inmediatos tributarios. La adopción de nuevas medidas coercitivas refleja la considerable presión directa ejercida por Washington y, por mucho que se presente como una cuestión de seguridad nacional, la justificación explícita de tales medidas en términos de la necesidad de coordinación entre estados para afrontar el terrorismo internacional sugiere que el modo más adecuado de designarlas sería, no como medidas de seguridad nacional, sino de seguridad imperial. Pero también hay que reconocer que la adopción de esas medidas se ve alimentada desde el interior, como ya he sugerido, por un incómodo sentimiento de patriotismo, no tanto hacia el estado en cuestión, sino hacia la potencia imperial misma; un sentimiento patriótico que emana de una parte muy sustancial de la masa ciudadana, así como de las élites políticas y de los medios de comunicación.

El Consejo de la Unión Europea aprobó en diciembre de 2001 una Decisión Marco para el Combate del Terrorismo que contiene una definición tan amplia de terrorismo que incluye todos aquellos actos que intencionalmente «puedan resultar gravemente perjudiciales para un país o una organización internacional», con el objetivo de «(1) intimidar gravemente a la población, o (2) forzar de forma indebida a un gobierno o a una organización internacional a llevar a cabo o abstenerse de llevar a cabo cualquier actuación, o (3) desestabilizar o destruir las estructuras políticas, constitu-

cionales o sociales fundamentales de un país o de una organización internacional». La propuesta inicial de la Comisión Europea, en el mes de septiembre, hablaba de actos terroristas en relación con «el asalto o los daños al estado o a dependencias gubernamentales, medios de transporte públicos, infraestructuras, lugares de uso público y propiedades, tanto públicas como privadas», e inmediatamente añadía que «eso puede incluir, por ejemplo, los actos de violencia urbana». Este texto, acompañado de la definición anterior de la Decisión Marco elaborada por la Comisión sobre lucha contra el terrorismo, alarmó a los grupos de defensa de los derechos civiles y, especialmente, al sector europeo del movimiento antiglobalización, preocupaciones que, más tarde, se verían alimentadas por la aprobación en el ámbito nacional por parte de todo un número de estados miembros de nuevas y draconianas leyes. Para noviembre, dichas preocupaciones fueron llevadas al Consejo de los quince estados miembros por una pequeña minoría de gobiernos que «querían restringir tanto como fuera posible esa definición para garantizar que acciones legítimas como las desarrolladas en el contexto de las actividades sindicales o de los movimientos antiglobalización bajo ninguna circunstancia pudiera considerarse que entraban en el ámbito de la Decisión Marco».<sup>11</sup>

La decisión final de Consejo reflejaba tales preocupaciones hasta el punto que añadía un preámbulo que decía que la definición no podía «interpretarse como dirigida a reducir o restringir libertades fundamentales como la libertad de asamblea y de asociación o la libertad de expresión, incluidos el derecho de todas las personas a formar sindicatos con otras personas y asociarse a ellos para la protección de sus intereses y el derecho conexo a manifestarse»; también añadía una declaración no vinculante según la cual la definición no debería «interpretarse para incriminar sobre la base de terrorismo a personas que ejerzan el legítimo derecho a manifestar sus opiniones, aun cuando en el curso del ejercicio de dicho derecho cometan delitos». Sin embargo, eso no ha calmado del todo, en absoluto, a quienes ya habían sentido preocupación por anteriores iniciativas de crear una base de datos europea para «sospechosos» de intervenir en protestas, de desarrollar un plan de acción para someter a vigilancia a los participantes en protestas y de reclutar a las diversas unidades paramilitares nacionales para cubrir policialmente las protestas. En febrero de 2002, la presidencia española del Consejo presentó al grupo de trabajo sobre terrorismo un borrador para una decisión del Consejo que «persiga el radicalismo violento urbano de la juventud [...] en las cumbres u otros acontecimientos organizados por diversas organizaciones comunitarias e internacionales», radicalismo que, según pretende el texto, es «cada vez más utilizado por las organizaciones terroristas para lograr sus fines criminales».<sup>12</sup>

En Canadá, la introducción y la aprobación de la Ley Antiterrorista (Decreto C-36) socava de manera muy considerable los avances logrados en materia de derechos civiles cuando la Ley de Medidas de Guerra (aprobada durante la Primera Guerra Mundial) quedó reemplazada, en 1988, por la Ley de Emergencias. Tal paso se dio con el reconocimiento explícito de que (según evidenciaban los muchos centenares de personas inocentes arrolladas por el gobierno de Trudeau al invocar la Ley de Medidas de Guerra contra el *Front du liberation du Québec* durante la crisis de octubre de 1970) la ley anterior era demasiado tosca y otorgaba al Estado poderes en exceso ilimitados en casos de terrorismo interno. Si se hubiera utilizado después del 11 de septiembre, la Ley de Emergencias habría permitido declarar una emergencia internacional en Canadá para ocuparse de «actos de intimidación o coerción o del uso, real o inminente, de una grave fuerza o violencia» y habría conferido al gobierno poderes tan «extensos y tan intrusivos en los derechos y las libertades existentes como las disposiciones que ahora forman parte permanente de la ley canadiense» con la Ley Antiterrorista.<sup>13</sup> No obstante, el gobierno habría quedado sujeto a muchas más restricciones, sobre todo del Parlamento, en la medida en que habría tenido que atender cualquier moción para revocar la declaración que contara con el apoyo de diez miembros del Senado o veinte miembros de la Casa de los Comunes, y habría tenido que otorgar un papel mucho más importante a comités compuestos por todos los partidos que revisarían las actuaciones del gobierno bajo la declaración de emergencia y que tendrían el poder de revocar o corregir órdenes ejecutivas y regulaciones. El hecho de no seguir esa vía puede atribuirse en gran parte al entrapamiento del Estado canadiense en la decisión norteamericana de responder al 11 de septiembre con una guerra a largo plazo y sin restricciones contra el terrorismo internacional, pero, por ese mismo hecho, también se corre el riesgo de caer en lo que académicos del derecho como Kent Loach han denominado debidamente «la criminalización de la política» dentro de Canadá mismo. Incluso después de añadir «cláusulas de caducidad» para requerir la aprobación parlamentaria para renovar algunas de las disposiciones, David Dyzenhaus ha argumentado de forma convincente que:

El hecho de que lo que tenemos no sea una legislación de emergencia, sino una ley contra el terrorismo —una ley de emergencia disfrazada de estatuto ordinario— significa que nos hemos situado fuera del imperio de la ley [...] El imperio de la ley es relajado, aunque no totalmente, y no existe una amenaza claramente definida. Lo que ahora tenemos es la permanencia de lo temporal: un intento de normalizar la excepción.<sup>14</sup>

Eso recuerda lo que Donald Swartz y yo denominamos, en nuestra obra *The Assault on Trade Union Freedoms* [El asalto a las libertades sindicales], un «excepcionalismo permanente»: la práctica de suprimir, mediante un torrente continuo de legislación que exige la vuelta al trabajo aplicada a casos específicos de huelgas legales, el derecho a la huelga reconocido por la legislación general sobre negociación colectiva.<sup>15</sup> En ese caso, la condescendencia judicial con cada uno de los casos de legislación «excepcional», a pesar la repetida condena del Comité sobre Libertad de Asociación de la Organización Internacional de Trabajo, ha dado lugar a la normalización del «excepcionalismo permanente».

En este caso, lo probable es que los tribunales se sometan a una legislación de emergencia permanente que viola la libertad y la obligación de rendir cuentas que representa la Carta de Derechos y Libertades de Canadá. La ministra de Justicia, Anne McLennan, predijo que el Tribunal Supremo canadiense apoyaría la Ley Antiterrorista, con la observación de que el «equilibrio entre derechos individuales y seguridad colectiva ha cambiado después de los atentados» del 11 de septiembre. Pero, si resulta que es así, lo más probable es que sea porque, como ha sostenido la académica del derecho Lorraine Weinrib, la justificación que hace el gobierno de tales expectativas se basa menos en la creencia de que el Tribunal opine que las salvaguardas de las libertades civiles y la exigencia de rendir cuentas que ha introducido no vulneran la Carta, que en el hecho de que el Tribunal respetará la interpretación que hace el gobierno del «contenido de las obligaciones internacionales de Canadá».<sup>16</sup> No será la seguridad nacional, sino la seguridad imperial la que derrotará la Carta de Derechos y Libertades canadiense.

En cuanto al peligro de que la nueva legislación antiterrorista eleve considerablemente el nivel de criminalización de las protestas antiglobalización, la enmienda introducida antes de su aprobación, que señala «que las actividades de protesta, legales o ilegales, no se considerarán actos terroristas a menos que su intención sea provocar muertes o heridas corporales graves, poner en peligro la vida o arriesgar seriamente la salud y la seguridad del público», puede que sea de verdadera importancia.<sup>17</sup> No obstante, el hecho mismo de la introducción de tal enmienda debería interpretarse como el reconocimiento por parte del Estado canadiense de que gran parte de lo que hasta la fecha se ha considerado violento de las protestas antiglobalización refleja tan sólo los intentos de la policía por encontrar que ha existido la violación de alguna ley menor. Como se pudo ver en el caso de las protestas en la Cumbre de Cooperación Económica Asia Pacífico (APEC [Asian Pacific Economic Cooperation]), en 1997 en Vancouver, a veces la policía se ve animada a hacer esa clase de cosas por parte de los políticos o, al menos,



de sus consejeros políticos, cuyo interés en suprimir las protestas es especialmente grande al existir la posibilidad de que estas avergüencen a los anfitriones ante sus invitados en reuniones internacionales (y eso sucede incluso cuando algunos de los invitados son conocidos por el empleo desmedido de la violencia contra sus propios ciudadanos). Así pues, Jaggi Singh, uno de los más destacados activistas antiglobalización de Canadá, fue detenido durante la cumbre de la APEC en Vancouver por asaltar a un oficial de policía hablando demasiado alto por el megáfono, y volvió a ser arrestado en 2001 (y detenido durante diecisiete días), en la Cumbre del Área de Comercio Justo de las Américas [Fair Trade Area of the Americas] en Québec City, por violar los términos de la libertad bajo fianza con la asistencia a las protestas y, presuntamente, por hallarse en posesión de un arma ofensiva en forma de una infame catapulta de peluches (con la que él, en realidad, no tenía nada que ver). El hecho de que en la legislación antiterrorista se contemple el «arresto preventivo», no necesariamente en virtud de la autoridad de dicha legislación, sino bajo cualquier otro pretexto legal, instigará aún más a la policía a evitar que los activistas participen en manifestaciones. Ya lo pudimos observar en las protestas contra la reunión del FMI/Banco Mundial en Ottawa en noviembre de 2001, en la que la represión de las protestas que llevó a cabo la policía fue fuertemente intimidatoria.

Sorprendentemente tal vez, la masiva movilización de fuerzas policiales en previsión de las protestas mucho mayores que se produjeron en la reunión de Davos-on-the-Hudson, en febrero de 2002, no tuvo una forma tan intimidatoria (a pesar de los helicópteros que daban vueltas sobre las cabezas durante el día). Está claro que se echó mano del «arresto preventivo» cuando, a primera hora del día, se hizo realidad la promesa de la policía de aplicar una política de «tolerancia cero» contra las transgresiones de la ley con el arresto de dos de los participantes en las protestas que estaban de pie ligeramente fuera de la acera en la 5ª Avenida, acusados de alteración del orden por bloquear el tráfico. Sin embargo, cuando varias manifestaciones multitudinarias convergieron en el hotel Waldorf Astoria, la policía permitió que prosiguieran las protestas con relativamente escasa injerencia, y estas tomaron la forma de un carnaval lleno de colorido en desacuerdo con la guerra y en contra de Enron como símbolo de un capitalismo corrupto, combinado con todas las pancartas (y todavía más muñecos gigantes) que se han hecho ya habituales en los eventos antiglobalización.<sup>18</sup>

No hay duda de que las protestas callejeras antiglobalización pretenden ser estridentes y, si es posible, importunar las reuniones de la élite internacional. Es ese carácter el que las hace distintas de las manifestaciones meticulosamente proyectadas que suelen realizar los sindicatos, siguiendo una

ruta previamente pactada con las autoridades (algo que también estuvo presente en Nueva York en el mes de febrero de 2002). La mayoría de los manifestantes acuden sin otras intenciones ilegales, y no digamos violentas, que manifestarse sin permiso, ocupar los espacios públicos adyacentes al lugar de las reuniones de las élites congregadas y participar en el teatro callejero notablemente creativo por el que tales manifestaciones se han hecho justamente famosas. El enfoque de la «diversidad de tácticas» que se adopta en esas manifestaciones, cuidadosamente planificado de antemano en Québec City para permitir que las personas tuvieran la opción de quedarse al margen de cualquier confrontación con la policía en las vallas de seguridad, también permite explícitamente la presencia de quienes acuden a la manifestación con la idea de protagonizar esa clase de enfrentamientos. Sin embargo, la naturaleza de las confrontaciones protagonizadas, incluso, por el Bloque Negro [Black Bloc] es mínimamente violenta en comparación con cualquier cosa remotamente similar al terrorismo y, de hecho, se parece mucho más al estira-y-afloja que realiza una línea de piquetes militantes en una huelga con fuerte presencia policial, combinado con la rotura ocasional de algún escaparate, el volcado de algún dispensador de periódicos y la quema de algún contenedor de basuras. La violencia que presencié en Québec City se limitaba a un puñado de personas que arrojaban piedras a una gasolinera Shell vacía y a algunos intentos concertados de un grupo numeroso de personas de escalar la valla de seguridad. Eso produjo enfrentamientos con la policía, incluido el lanzamiento de varios objetos por parte de los manifestantes, aunque, con mayor frecuencia, lo que estos arrojaban eran algunos de los muchos botes de gas lacrimógeno que la policía les tiraba desde detrás de la valla y que pronto inundaron una gran zona de la parte superior de la ciudad.

La mayoría de los afectados por los gases lacrimógenos, de los agredidos por la policía e, incluso, de los detenidos en este tipo de manifestaciones son personas que no tenían otra intención que protestar pacíficamente, pero que, a la vista de lo que parece ser un placaje y una injerencia sobredimensionada e injustificada de la policía, suelen sumarse al estira-y-afloja o resistirse al arresto cuando se niegan a despejar una zona tal y como se les ha pedido que hagan. Después de eso, algunos de ellos pasan a unirse a un grupo mejor preparado y más militante para la siguiente manifestación. No obstante, no queda duda de que los enfrentamientos con la policía en ese tipo de manifestaciones ya estaban llevando a muchos de los participantes en las protestas, incluso antes del 11 de septiembre, a cuestionar el enfoque de la «diversidad de tácticas». Las personas que sólo desean implicarse en la clásica estrategia de desobediencia civil tienen la sensación de que aquellos

que acuden con intención de desafiar las líneas policiales les impiden hacerlo. Porque, cuando empiezan a descender las porras y los gases lacrimógenos, lo hacen indiscriminadamente y expulsan a todo el mundo de las calles. La imagen de violencia generalizada que tienen los que ven las protestas en televisión o leen en los diarios las descripciones sensacionalistas también ha llevado a mucha gente del movimiento antiglobalización a cuestionar el enfoque de la diversidad de tácticas y a exigir que se discuta seriamente cuáles son las tácticas que resultan en realidad más productivas a la hora de generar un mayor apoyo popular para el movimiento antiglobalización.

Por supuesto, el movimiento antiglobalización es mucho más que unas cuantas protestas callejeras. Las protestas, como explica Naomi Klein en *The Socialist Register 2002* «no son manifestaciones de un movimiento único, sino más bien la convergencia de muchos movimientos más reducidos, cada uno de los cuales apunta con su visión a una corporación multinacional en particular (por ejemplo, Nike), a una industria en concreto (como la industria agrícola [agribusiness]) o a una nueva iniciativa comercial (como el Área de Libre Comercio de las Américas) o en defensa de la autodeterminación de los indígenas (como los zapatistas)». A estos podrían añadirse otros grupos específicos de cada país, como la Coalición Contra la Pobreza en Canadá, de Ontario, cuyos radicales objetivos igualitarios y sus tácticas de acción directa se han convertido en símbolos de lealtad al movimiento antiglobalización y a sus manifestaciones de protesta. Cada uno de esos grupos lleva a cabo sus propias campañas, sus investigaciones, sus acciones legales, así como las acciones directas relacionadas. Klein también habla de un tipo de organización de «centro y radios» para caracterizar el movimiento antiglobalización:

Más que un único movimiento, lo que está surgiendo son miles de movimientos intrincadamente vinculados entre sí, de forma muy similar a como los vínculos o *hotlink* conectan sus sitios *web* en internet. La analogía es algo más que una coincidencia y supone, de hecho, la clave para entender la naturaleza cambiante de la organización política. Aunque son muchos los que han observado que la naturaleza cambiante de las recientes protestas multitudinarias habría sido imposible sin internet, lo que ha pasado desapercibido es la forma en la que las tecnologías de la comunicación que facilitan todas esas campañas están moldeando el movimiento según la apreciación que tienen sus propios miembros. Gracias a internet, las movilizaciones pueden desarrollarse con escasa burocracia y con la mínima jerarquía. El consenso obligado y los elaborados manifiestos están pasando a segundo plano y están siendo reemplazados por una cultura del intercambio constante, poco estructurado y, a menudo, compulsivo de información.<sup>19</sup>

Este movimiento descentralizado, que a menudo hace que dé la impresión de que los agentes de la globalización, tanto estados, como corporaciones u organizaciones internacionales, son «acosados por un enjambre», desde mil direcciones, ha dado ya sus frutos. Se aprecian, sobre todo, en el hecho de haber expuesto a la vista del público y haber derrotado (con la ayuda final del veto del gobierno francés) el Acuerdo Multilateral sobre la Inversión. Además, el carácter amplio, pero interactivo, de este movimiento de movimientos ha generado una subcultura distintiva y transnacional de activistas, lo cual, a su vez, ha producido la sensación entre los investigadores y escritores críticos con la globalización de que no sólo se les presta oídos, sino que también cuentan con una amplia base política, lo que los ha llevado a redoblar sus esfuerzos.

Es seguro que los activistas antiglobalización admiran ellos mismos ciertas luchas del Tercer Mundo —de las que obtienen su inspiración— en las que la violencia constituye un elemento estratégico, desde la sublevación zapatista en México hasta la campaña «Quemar Monsanto» [Cremate Monsanto] en la India. No obstante, aunque existen, sin duda, algunos activistas europeos y norteamericanos que no rechazarían de entrada la idea de incorporar un elemento estratégico como la violencia en sus actividades, el caso sigue siendo que este movimiento sólo puede contemplarse, desde cualquier perspectiva histórica y comparativa, como algo muy alejado, de hecho, de cualquier cosa a la que se pueda llamar terrorismo, y ya no digamos lucha armada. Incluso entre los elementos anarquistas del movimiento, en lo que se insiste es en inventar durante la preparación de las protestas callejeras un tipo de democracia directa basada en reuniones reducidas que, más que votar, lo que pretenden es buscar el consenso. Y, sobre todo, se suele señalar la efectividad del funcionamiento de tales reuniones para las manifestaciones multitudinarias, en las que pequeños grupos de afinidad se coordinan entre sí gracias a esas juntas entre «radios» del movimiento que buscan el consenso. Se considera eso un anticipo de la democracia participativa en el nivel local que, con frecuencia, representa los cimientos de una concepción alternativa a la de la libertad de movimientos del capital y la competitividad de las exportaciones que son la esencia de la globalización. Sus miras están puestas en unas estrategias de desarrollo económico de orientación más doméstica, capaces de preservar la descentralización, la autonomía y la diversidad política y cultural que son el sello de este movimiento de movimientos.

El problema del movimiento antiglobalización no es, ciertamente, su supuesta orientación hacia la violencia, sino más bien sus dificultades para encontrar una forma de ir más allá de la protesta. Las protestas de acción

directa apenas si son completamente nuevas y, a menudo, han resultado ser efectivas, como en el caso de las manifestaciones de parados y de la ocupación de fábricas y calles en los años de 1930 y 1940. Si miramos hacia atrás, ¿qué es lo que actualmente se considera más legítimo: que la Real Policía Montada del Canadá abriera fuego sobre los obreros en paro que se manifestaban en Regina,\* o las sonoras protestas que llevaron a incluir en la agenda política la legislación sobre el seguro de desempleo? ¿Y hay alguien en la actualidad que conceda demasiado crédito a las acusaciones de ilegalidad que tronaron sobre Windsor cuando los trabajadores del sector automovilístico se apoderaron de más de un millar de coches en las calles de dicha ciudad en el famoso bloqueo de 1945 que dio lugar a la aprobación de la legislación sobre seguridad sindical? La efectividad de las manifestaciones de masas de hoy en día contra la globalización queda manifiestamente clara en la forma en que las reuniones de las élites globales se han puesto a la defensiva y, ahora, proclaman que su principal preocupación es ocuparse de la pobreza mundial cada vez que se congregan. Pero no puede haber un cambio efectivo a menos que, y hasta que, no surjan nuevas fuerzas políticas bien organizadas en todos los países que tienen la capacidad, no sólo de protestar sonoramente, sino de llevar a efecto una reconstitución democrática del poder del estado (aunque quizás a los anarquistas no les guste esa forma de expresarlo), de utilizarla contra el actual imperio norteamericano global, constituido por medio de estados, y de poner en marcha estrategias de cooperación internacional entre estados que permitan un desarrollo de orientación más doméstica.

Uno de los aspectos prometedores del movimiento antiglobalización, si lo comparamos con el movimiento contra la guerra de la década de 1960, ha sido que este movimiento se ha calificado a sí mismo cada vez más de anticapitalista. Eso supone un importante avance con respecto a la autocalificación de movimiento «contra el libre comercio» o «anticorporativo» de

\* Inmediatamente después del inicio de la crisis de 1929 dieron comienzo en Canadá las protestas de los obreros en paro. A estos se los obligaba a residir en campos de trabajo y trabajar en la construcción de obras públicas. Los episodios de protesta por las condiciones de los campos se sucedían, uno tras otro, con severa represión policial. En este contexto, a principios de junio de 1935 los manifestantes marcharon en trenes de mercancías desde Vancouver en dirección a Ottawa para hacer oír sus reivindicaciones ante el gobierno federal. Los trenes que transportaban a los manifestantes quedaron detenidos en Regina, sede del campo de entrenamiento de la Policía Montada. El día 1 de julio, se celebró una manifestación para ganar apoyo. La policía, camuflada en camiones de mudanzas, cargó contra los manifestantes y llegó a abrir fuego contra ellos, con un balance de al menos 17 heridos de bala. Más tarde, el episodio se conocería como «los disturbios de Regina» [Regina Riots]. [T.]

gran parte de la década de 1990. Sin embargo, a pesar de su concepción descentralizada y participativa de un hipotético nuevo orden, el objetivo primordial del movimiento ha continuado siendo con gran frecuencia el de protestar contra las instituciones económicas y financieras de la globalización, tras las cuales se encuentra el propio Estado imperial y la multitud de estados, grandes y pequeños, ricos y pobres, a través de los cuales —y conjuntamente con los cuales— gobierna, o pretende gobernar, el planeta. Mientras el principal foco de atención lo sigan constituyendo los organismos internacionales, se seguirá otorgando legitimidad a las instituciones de la globalización por parte de muchas organizaciones sindicales, no gubernamentales y de muchos líderes del Tercer Mundo que no ven ninguna alternativa práctica a aquellas y que, por lo tanto, aspiran a lograr un asiento en la mesa de las reuniones internacionales en las que podrían obtener ciertas concesiones de las élites que, por su parte, es cierto que se han visto lo suficientemente castigadas por el enjambre de protestas como para buscar interlocutores válidos dentro del movimiento.

Existen notables sospechas entre los militantes de la acción directa anti-globalización contra quienes podrían aspirar a ocupar un asiento en dicha mesa.<sup>20</sup> Pero también existe cada vez más el sentimiento de que la protesta tampoco basta. Si internet ha sido un valor a la hora de desatar la capacidad de organizar la disensión y la resistencia en un escenario global, no ha servido para sustituir las arduas tareas de formación de clase y de organización política en las que el Movimiento de los Sin Tierra, en Brasil, y los zapatistas, en México, hubieron de enfrascarse en sus propios terrenos. Internet puede que sea indispensable, también, como forma de reunir a 50.000 activistas e investigadores en Porto Alegre para participar en cientos de grupos de discusión sobre los diversos significados de la afirmación de que «otro mundo es posible», pero no puede sustituir a la creación en cada país de nuevos partidos como el Partido de los Trabajadores en Brasil, postcomunista y postsocialdemócrata, capaces de desarrollar nuevas estructuras de democracia popular como preludio y como resultado de la competencia por el poder estatal. En el mismo ensayo en el que ensalza la red como clave para una nueva forma de organización, Naomi Klein admite:

No hay duda de que la cultura de la comunicación que reina en la Red es mejor en velocidad y en volumen que en síntesis. Es capaz de lograr que decenas de miles de personas se reúnan en una misma esquina pancartas en mano, pero es mucho menos apta para contribuir a que esas mismas personas se pongan de acuerdo en qué es lo que realmente reivindican antes de llegar a las barricadas, o después de abandonarlas. Quizás esa sea la razón por la que todas esas manifestaciones tienen un cierto carácter repetitivo: desde la rotura de escaparates de

McDonald's a las marionetas gigantes, puede que empiecen a parecer McProtestas. La Red las hizo posibles, pero no está resultando particularmente útil a la hora de llevarlas a un nuevo estadio [...] Ahora, la policía está suscrita a todas las listas de correo electrónico y ha utilizado la presunta amenaza que representan los anarquistas para recaudar gran cantidad de fondos que le permiten adquirir toda clase de nuevos juguetes, desde equipos de vigilancia a cañones de agua. En términos más sustantivos, [...] el movimiento, por muy descentralizado que sea, [corre] el grave peligro de parecer remoto, alejado de los temas que afectan a la vida cotidiana de las personas.<sup>21</sup>

De camino hacia el Forum Social de Porto Alegre, me detuve en Santiago de Chile para otro discurso de apertura, esta vez en una escuela de verano sindical. Allí conocí a dos hermanos cuyos padres habían participado en el *Movimiento de Izquierda Revolucionaria*, un movimiento chileno de lucha armada de principios de la década de 1970, y que habían huido a Cuba después del golpe de Pinochet contra Allende y de los asesinatos en masa de la izquierda chilena que vinieron a continuación. Habían regresado a Chile ya como adultos jóvenes, después de rechazar la política de lucha armada de sus padres y con una orientación en gran sintonía con la nueva generación de activistas del Norte, decididos a trabajar con las personas en las asociaciones vecinales y en los lugares de trabajo sobre la base de una amplia agenda de temas sociales, ecológicos y culturales, así como también económicos. Durante el viaje que hicimos juntos de Santiago a Porto Alegre, les pedí que me dieran un ejemplo concreto del tipo de organización sobre el terreno que estaban llevando a cabo para realizar sus propósitos. Ciertamente, el ejemplo que me dieron cumplía todos los requisitos de la acción directa. Implicaba organizar a los trabajadores del sector de la construcción, del que los sindicatos y la negociación colectiva habían quedado completamente barridos y en el que todos los trabajadores eran mano de obra eventual y bajo contrato. Habían dirigido la ocupación por parte de los trabajadores de una obra en la que una multinacional italiana de la construcción estaba edificando el mayor planetario de Latinoamérica. No obstante, cuando la policía se había concentrado en masa en las inmediaciones para poner fin a la ocupación, los ingenieros italianos del proyecto, a quienes tenían retenidos en el interior pero que simpatizaban con la protesta, insistieron en que el ministro del Interior negociara con los trabajadores. Siguió una negociación de 72 horas por medio de teléfonos móviles que acabó con un acuerdo colectivo que establecía unos salarios mínimos y unas mínimas condiciones laborales.

Ese es el tipo de acción directa que tal vez figure cada vez más en la agenda de los activistas europeos y norteamericanos. Cuando la nueva genera-

ción de la izquierda busque un fundamento para sus protestas contra las estructurales globales de opresión y de explotación, se dedicará cada vez más a ocuparse de los problemas inmediatos que afrontan las personas dentro de su propia sociedad, por medio, también, de la acción directa. De esta forma, contribuirán a que el proceso a largo plazo de formación y organización política de clase vuelva a comenzar desde cero en los países del Norte. Si el Estado va a reprimir ese proceso por violento o, de hecho, por terrorista, nos esperan tiempos muy difíciles.

## Notas

1. Aaron Lukas, «America Still the Villain», *National Post*, 18 de septiembre de 2001, citado en D. Schederman y B. Cossman, «Political Association and the Anti-Terrorism Bill», en R. J. Daniels et al. (eds.), *The Security of Freedom* (University of Toronto Press, Toronto, 2001): pp. 188-189.
2. David Graeber, «The New Anarchists», *New Left Review* 3, enero-febrero de 2002: p. 66.
3. Citado en M. Geismar (ed.), *Mark Twain and the Three R's: Race, Religion, Revolution —and Related Matters* (Bobbs-Merrill, Nueva York, 1973): pp. 178-179. (Para una edición castellana reciente del texto de Twain, véase Mark Twain, *Un yanqui en la Corte del rey Arturo*, El País-Aventuras, Madrid, 2004.)
4. Hannah Arendt, *On Revolution* (Viking, Nueva York, 1965): p. 28.
5. «El público de los países del G-7 apoya la acción militar estadounidense en Afganistán, pero en otros países aparece una fuerte oposición», Ipsos-Reid Media Center, 21 de diciembre de 2001.
6. Harold Innis, *Essays in Canadian Economic History* (University of Toronto Press, Toronto, 1956): p. 407.
7. Citado en Cheddi Jagan, *Forbidden Freedom* 3ª ed. (Harbig, Londres, 1994): p. 1.
8. «The United States after the Gulf War: A Promise Betrayed», entrevista de Jim Wurst a Stephen Lewis, *World Policy Journal* verano de 1991: pp. 539-549.
9. Peter Gowan, *The Global Gamble: Washington's Faustian Bid for World Dominance* (Verso, Londres, 1999).
10. Ellen Wood, «Contradictions: Only in Capitalism», en L. Panitch y C. Leys (eds.), *A World of Contradictions, The Socialist Register 2000* (Merlin, Londres, 2001): p. 291.
11. «EU definition of terrorism could still cover protests» [La definición de terrorismo de la Unión Europea podría seguir incluyendo las protestas], en [www.statewatch.org/news/2001/dec/07terrdef.htm](http://www.statewatch.org/news/2001/dec/07terrdef.htm).
12. «Doubts on EU presidency proposal to target protesters as “terrorists”» [Dudas respecto a la propuesta de la presidencia de la UE de perseguir a los participantes en protestas como «terroristas»], en [www.statewatch.org/news/2002/feb/07protest2.htm](http://www.statewatch.org/news/2002/feb/07protest2.htm).
13. Lorraine E. Weinrib, «Terrorism's Challenge to the Constitutional Order», en Daniels et al., *Security of Freedom*: p. 102.
14. David Dyzenhaus, «The Permanence of the Temporary: Can Emergency Powers be Normalized?», en Daniels et al., *Security of Freedom*: pp. 28-29.
15. Leo Panitch y Donald Swartz, *The Assault on Trade Union Freedom* (Garamond, Toronto, 1993).
16. Weinrib, *Terrorism's Challenge*: pp. 94-96.



17. «Strengthening the Safeguards», en [www.canada.justice.gc.ca/en/news.nr/2001/doc\\_27906.html](http://www.canada.justice.gc.ca/en/news.nr/2001/doc_27906.html).
18. Mi explicación se basa en amigos que asistieron a las protestas, así como en «Eyewitness: Protests on Fifth Avenue», Ben Anderson y Ben Wright, BBC News, 3 de febrero de 2002, y en el «Report from F2 manifestations against the World Economic Forum Meetings, New York City (February 1-3, 2002)», elaborado por el grupo de afinidad Divas for Democracy de Colorado.
19. Naomi Klein, «Farewell to “The End of History”»: Organization and Vision in Anti-Corporate Movements», *The Socialist Register 2002* p. 4.
20. Véase Andre Drainville, «Québec City 2001 and the Making of Transnational Subjects», *The Socialist Register 2000* pp. 20-27 especialmente.
21. Klein, «Farewell to the “End of History”»: p. 9.